

GOSTUMBRES DE MADRID:



El Recien-venido.

I.

Caminando calle arriba por la de Segovia de esta corte, y siguiendo fielmente con sus plantas la línea ora recta, ora curva del arroyo, encogidas las rodillas, alta la cabeza, y las manos encajadas en las aberturas del calzon, se adelantaba paso á paso un hombre, cuyas miradas codiciosas, y otras señales de estúpida admiracion, daban luego á entender serle del todo nuevos los objetos que por entonces herian sus sentidos.

De contado, la rústica villanía de su traje, los groseros alpargates, su calzon corto, pardo, flojo y desco-sido, su faja de estambre, chaquetilla ó chupetin tambien pardo, y sombrero chato del mismo color, dejaban inferir su procedencia del riñon de Castilla, así bien como su enorme vara de fresno atravesada á la espalda, haria sospechar su profesion de traginante, si ya no la demostrasen claramente tres pollinejos y un mulo que á guisa de batidores le abrian el paso, casi escondidos entre los enormes sacos que pesaban sobre sus lomos.

Esta figura, cuyo aspecto semi-humano hubiera puesto espanto á quien le hubiera hallado en el interior de un bosque de América, dando mucho que pensar al viajero para clasificarle entre las diversas especies de mandriles, jimios, macacos y jockos, que describe Buffon, no era sin embargo nada de esto, sino una criatura casi racional, con sus tres potencias distintas, puesto que la del entendimiento harto entumecida por falta de uso, casi casi hacia dudar de su existencia; era en fin un ciudadano español, con sus derechos imprescriptibles y su ca-

cho de soberania, el cual ciudadano en prueba de estos derechos acababa de pagarlos á la puerta por los garbanzos y judias que acarrea. Sabia tambien hablar (que no es poco) y en la misma puerta habia declarado llamarse *Juan Algarrobo*, (alias *Cochura*) y ser natural de la villa de Fontiveros, provincia de Avila, sexmo de San Juan, de edad de 25 años cumplidos en la última navidad, de oficio arriero, y de religion católico-apostólico-romano.

Como era la vez primera que pisaba los angulosos guijarros de esta noble capital, ignoraba de todo punto la direccion de sus calles, y embebido en sus pensamientos (que tambien los solia tener á veces) dejábase guiar por su mulo, fiando al instinto de este el conducirle á punto donde pudieran comer y reposarse. Ya habia llegado al fin de la calle, y hecho la señal de la cruz delante de la de Puerta Cerrada, cuando le vino á la memoria que la consigna que traia de la tierra era á la posada del *Dragon* en la Caba baja; por lo que llamando cariñosamente á sus pollinos, los encarriló hácia la puerta de un barbero, el cual viéndolos entrar así tan sin ceremonia, arremetió á las navajas, y hubiérales señalado de mano maestra, á no haberse visto en aquel momento humildemente interpelado por nuestro arriero, que con sombrero en mano y el *Deo gratias* de costumbre, le preguntaba las señas de la Caba baja.—Vaya el bárbaro (dijo el barbero) mucho de enhoramala, y átese en fila con sus burros para no incomodar á las gentes de bien;— y cerró de un golpe las persianillas de su tienda, con que

dejó á los recién-venidos en la misma perplejidad. El male sin embargo no debia de ser lerdo, y no por eso se desconcertó; antes bien dirigiendo el paso hácia una ta-

berna saludó con los hocicos varios platos de abadejo que á la puerta estaban, y que sin duda hubieron de parecerle bien; mas la intrépida guisandera (que por mas señas

era una vizcainota gorda que se llamaba la señora *Juliana Arroyagorregoyquirrumizaeta*) saltó de su asiento cazo en mano, y arremetiendo alternativamente, ya al mulo, ya al arriero, los echó de sus posesiones con una descarga cerrada de vocablos facciosos que tan claros fueron para el amo como para los mismos pollinos.

En magestuoso conclave reposaban tranquilos tomándose el sol sentados encima de sus cubetas hasta cuatro docenas de mozállones gallegos y asturianos, los cuales viendo el aturdimiento del castellano, y lo fuera de razon de la vizcaina, reian hasta mas no poder, hasta que uno mas caritativo indicó al forastero que la calle que buscaba se encontraba sobre su derecha. Mas fuese que el castellano no entendiese el lenguaje de Castilla, ó que el otro se lo dijese en gallego, hubo de tomar el rábano por las hojas, y comprender que habia de seguir la calle derecha y no la derecha de la calle, con que siguió magestuosamente por toda la Plaza arriba, puerta del Sol, calle de la Montera y de Fuencarral, buscando la Caba baja, verdadero emblema él y su recua de la actual generacion española caminando con igual acierto al punto término de su felicidad.

Dejo á la consideracion del lector los muchos lances, siquier grotescos, siquier trágicos y fatales, que el pobre recién-venido hubo de experimentar en tan larga travesía; hasta que viéndose ya cerca del cementerio empezó á sospechar que no era por allí el camino de su posada. Por fin despues de muchas preguntas y respuestas, dases y tomases, idas y venidas, tomó la vuelta de la puerta del Sol, y al fin de dos horas cumplidas dió consigo y se comitiva en la Caba baja.

Luego que se vió en su posada, rodeado de racionales e irracionales compatriotas, despachado en comun mesa un razonable pienso de menudos y pimientos, amena de la cebada y la paja que con noble generosidad cedió á los pollinejos, hechos cuatro mimos á estos en señal de buena amistad, y cambiadas cuatro interjecciones machos con el mozo de la posada, acomodó sus alforjas y su

manta en un rincon del último piso, y cedió al sueño los cansados miembros, quiero decir, que se durmió, sin dársele un ardite de la crisis ministerial ni de toda la demas hataola que por entonces traia alborotada á la corte.

II.

Aquella noche como las demas despues de la cena habiase dispuesto por la noble compañía que ocupaba la posada una partidilla honrada de *truquiflor* y *se-cansa*, interpolada de sendos tragos de lo tinto, y amenizada con el agradable ruido de una alegre conversacion. Admitióse tambien en la rueda con notables muestras de benevolencia al recién-venido Avilés, ayudándole á fuer de franqueza y amistad á desechar el empacho que sin duda debia imponerle aquella nueva sociedad, con que muy luego se olvidó de todo punto que estaba en Madrid, y trasladóse en imaginacion á aquel ameno establo donde sus ojos vieron la primera material luz.

Tan engolfado iba estando en la partida, y tan sin penas ni desconcierto dejaba rodar sobre la mesa las medallas segovianas, que hubo de llamar la atencion de un viejo provecto y cari-acontecido que observaba aquella escena desde un ángulo de la mesa; el cual viejo no era nada menos que un honrado ordinario de Salamanca, el *tio Facó*, hombre de bien y chapado á la antigua, que solia pasar su vida en el espacio que media entre el Rollo del Tormes y la Puente Segoviana, acarreador perpetuo de trigo candeal y de garbanzos de Cuarto de Arnuña, de teólogos y filósofos en embrion, grandes guitarristas y futuras notabilidades del púlpito y del foro. Con lo cual y la buena ayuda de su entendimiento, habia llegado á ser un horroroso latino, como que sabia de memoria desde el *Musa Musae* hasta el *X et Zeta*, y todos teníanle por hombre ademas prudente, y sabidor, y aun hubo tiempos en que casi casi se vió expuesto á ser como quien nada dice sacristan de Calvarrasa.

Sea de ello lo que quiera, este tal Facó tenia como

queda dicho á su cargo hasta un par de galeras que hacían periódicamente el viage de Salamanca á Madrid, y como saben muy bien los que tal viage hubieron hecho, es cosa consiguiente el pasar por la villa de Fantiveros, y siéndolo era preciso que el tío Facó hubiese en ella conocido á nuestro Juan Algarrobo alias *Cochura*; siendo esto tan cierto que varias veces se cruzaron en el camino y cambiaron las botas, ó se dirigieron de comun acuerdo á casa del Juan á herrar una mula, ó á arreglar las varas de la galera; razones todas mas que poderosas para tener y sostener una razonable amistad.

Conoció pues el viejo Facó que era la ocasion llegada de aventurar algunos paternales consejos á aquel incauto pajarraco caído voluntariamente y por primera vez en las súbiles redes de la corte; y así llamándole aparte y llevándole á un rincón del zaquizami, escupió dos veces ó tres, hízole sentar, y le habló de esta manera.—

—Amigo Juancho, ya tú sabes las obligaciones que nos debemos como paisanos que somos y como amigos; y lo mucho que nos queremos tu madre Forosa y yo; así que no estrañarás que venga aquí á ocupar su lugar y á darte consejos que en esa tu edad y en esta villa, luego luego habrás menester. Escúchame, pues, atento, sin jugar con la faja, ni mirar á los dedos, y clava en el magin todo lo que de mí oyeres, que día vendrá, y no está lejos, en que lo recuerdes con agradecimiento, y pagues con él al viejo que te está hablando.

Has llegado, Juancho, á un lugar en que la precaucion y el consejo son necesarios para no perder un hombre el juicio eseaso que Dios le dió; lugar en cuyas calles se aprende mas ciencia que la que enseñan nuestros doctores salamanquinos á los que frecuentan sus escuelas: lugar en que los chicos son bachilleres, las mujeres licenciadas, y doctores los hombres, sin mas gramática que la parida, ni otras borlas ni mucetas que un poco de garabato en los ojos y en el pico. Con esto, y un esterior amable y lisongero tienen en sí la ciencia suficiente para enseñar al forastero lo que ellos llaman cortesania, y hacerle conocer que es á su lado ciencia inutil toda la que contienen sus libros. Però no creas, Juancho, que tan benéfica pasantia se dispensa aquí *gratis amore*, y sin su correspondiente por qué. Colegio es éste en que mas que en los mayores pelagra el bolsillo, y cuenta, si su apetecida beca no nos cuesta tambien la salud de cuerpo y ánima.

Quiérote decir todo esto porque sepas á punto fijo á que lugar te han traído tus pecados ó tu codicia, que quedará satisfecha si logtares vender algunos reales mas caros esos frutos que acarreas, y no tomará en cuenta los peligros á que te expone en semejante expedicion tu entendimiento ralo, tu memoria torpe y lo arriesgado y simple de tu voluntad.

Esto supuesto, desconfiarás Juancho de tí propio y de los damas, hasta aquel grado que es lícito desconfiar, no tomándolo todo por el peor lado, ni echando juicios temerarios de que tu conciencia haya despues de acusarte, sino suspendiendo por lo menos el tuyo hasta certiorarte de ser verdad lo que se te dice y aun aquello mismo que por tus ojos vieres y palpares con tus manos.

Reclárate de los amigos fáciles, y que te hallares como suele decirse por bajo del pie, que no es fruta la amistad que nace espontánea, sino á fuerza de cultivo logra estender y hacer frondosas sus ramas. Todos en la corte te harán risueño el semblante; todos llamaránse tus amigos, si te vieren inocente y no nada dadioso y desprendido; pero á vuelta de tus espaldas reiránse muy luego de tu mentecatez, y holgaránse con tus favores para mejor burlarse de tí.

A cada paso que des hallarás gentes de tu condición, de tu país, y aun de tu parentela, que en este laborioso de la corte todas vienen á ser confundidas, por lo que habras oido decir aquel dicho «*Madrid, patria común, tierra de amigos.*» Aquí hallarás en efecto muchos y mas sutiles, ó mas experimentados que tú, que te brindarán con sus consejos, te darán la mano en tus especulaciones y tratos, y llenarán con nuevos proyectos tu cabeza de dudas, tu pecho de codicia y de ambición. Huye, amado Juancho, huye estas relaciones peligrosas, y si aprecias tu tranquilidad no des oidos á consejos perdidos de los que sobre tu ruina piensan levantar el edificio de sus medros.

Ni faltarás tampoco á tentar tu flaqueza en esta corte de los vicios aquella formidable enemiga de los humanos, la lujuria, que aquí en este lugar tiene su principal asiento y trono; y quierola llamar por su nombre, para que no rayas á confundirla, Juancho, con aquel otro amor sencillo y honrado de nuestras aldeas; no; otros son sus colores, y preciso te será aprender á distinguirlos. No fies, por de pronto, en los halagos que alguna de estas encantadoras te prodigue á tu paso, ni escuches sus ruegos; ni creas de sus palabras; pues que ni te figura esta hecha para enamorar de un tiro, ni aunque fueras el mismo Adonis, (de lo que distas muy bastante) sería te lícito ni conveniente creerlo así.

No juegues juegos de azar, que no es bien arriesgar á una sola el fruto de nuestro trabajo, y si alguna vez lo hicieres cuenta que no es el azar tu solo enemigo, sino la mayor ciencia de tus compañeros, que en este del juego los hay grandes profetas en la corte para predecir y acertar á quien la ha de favorecer el albur.

No compres género que no conozcas, ni creas todo lo que vieres, ni te pares en todos los corrillos, ni quieras informarte de lo que nada te importa. Advierte que llavas en el semblante el sobrescrito de la villanesca simplicidad, y que de ella viven muchos de los entonados mercaderes, y caballeros de la corte.

Cuando salgas á la calle procura seguir tu camino derecho y sin tropiezos ni atajos peligrosos; no disputes sobre el paso, ni armes quimeras de preferencia ó por consecuencia de tu incivildad; cuenta que es cierto aquel refran del «*gallo que casta en su gallinero,*» y tu eres de otro corral, y á cualquiera lance no faltarán gallinas que te desplomen.

No des tu dinero á préstamo por alto que sea el interés, á menos que no te convenga ganarlo en el cielo; ni entres en mas negocios de los que por tí puedas manejar; y advierte que lo que en otros ves motivo de engrandecimiento y riqueza sería en tu nimia comprension de completa ruina; que el talento, Juancho, es el capital mas positivo, aunque á las veces suele ganarle por la mano esto que llaman la fortuna.

Tú en fin harás y procederás con buen consejo pidiéndolo al cielo en aquellos casos en que mas te vieres apurado, que el señor es verdadero amigo que nunca engaña; ni se hace el sordo cuando de buena fé se llega á implorar su auxilio. Y ora calla, aunque mucho mas pudiera decirte, á ley de anciano, y en fuerza del cariño que te profeso; pero veo que perderia el tiempo en esta ocasion, ó acaso acaso la daria para que tu reconciliaras mejor el sueño que preparas al arrullo de mis consejos.—

Y así era la verdad, que el buen Juancho, en quien la voluntad, como queda dicho, era lo mas; escuchó atentamente y sin pestañear la primera parte del discurso de Facó, hasta que llegó á punto en que remontándose este un tanto su vuelo, llegó á obscurecerse del todo á la

vista de aquel, por lo cual dando licencia á los párpados, aunque parecía aprobar mudamente con las inclinaciones frecuentes de cabeza, no era otra cosa en realidad sino que á la sazón dormía un sueño mas que medianamente reposado, en tanto que el consejero trashumante esforzaba sus últimas razones para pintarle los peligros de Madrid.

III.

Otro día por la mañana salió Juancho á acompañar y despedir al tío Facó que regresaba á su tierra, y luego que le hubo dejado mas alla de Aravaca, rico de advertencias y consejos que por el camino le habia ido aquel repitiendo, volvió á entrar en Madrid; deseoso aunque no fuera mas que por curiosidad de conocer y desafiar esos lazos y peligros que su viejo consejero le habia tanto en carecido.

Como era tan de mañana, parecióle bien entrar á misa en la primera iglesia que topára, con lo cual pensaba santificar el día, y prepararse con nuevas armas á sufrir los combates que ya empezaba á barruntar. Pero el diablo, que no duerme, y por consecuencia madruga aun mas que un arriero, hubo de escuchar este propósito, y prometerse allá en su interior jugar una morisqueta al buen Cochura. Dispuso, pues, para ello, que el sacristán de Santa María, (que fue la iglesia á donde aquel se dirigió) se hubiese dormido alguna cosa mas aquella mañana, con que la puerta permanecía aun cerrada, visto lo cual por Juancho, se determinó á esperar hasta que abriesen para oír la primera misa. Con esta intencion habiéndose sentado descansadamente en la escalera de piedra que sube á la iglesia, cuando de allí á un rato acertó á pasar un hombre de equívoca catadura que fijando sus ojos en aquel descansado villano, como quien queria conocerle, compuso y compungió su semblante, y vino á él con amabilidad, saludándole cortésmente. Tomando luego la palabra extrañó que aun no estuviese abierto el templo, y manifestó su intencion, igual á la de Juancho, de escuchar la primera misa, cosa que todas las mañanas hacia, segun dijo. Seguidamente como reparando en su traje y acento, informóse del forastero de que lugar era, y luego que hubo dicho de Fontiveros, empezó á contar aventuras que en él le habian acontecido, y á relatar grandezas de aquella tierra, y lo mismo hubiera sido si le hubiesen nombrado la China, puesto que ni una ni otra eranle absolutamente conocidas. El simple Juancho contestaba á todas las preguntas con gran espontaneidad, en términos que á los pocos minutos sabia el interpelante tanto como él mismo de su objeto en venir á la corte, su condicion, carácter y demas circunstancias. Creció con esto la franqueza y correspondencia entre los dos paisanos, que así se llamaban ya, y tanto se engolfaron en su plática, y tanto por otro lado tardaba en abrirse la iglesia que el dialogante propuso á Juancho una vueltecita por detras del Consejo, con que harian un rato de ejercicio, y de paso le mostraria aquella parte mas antigua de Madrid que llaman *la Moreria*, en donde á la sazón dijo haberse hallado indicios mas que medianos de cuantiosos tesoros allí escondidos por los pícaros moros, en cuyo descubrimiento se ocupaban entonces todos los vecinos de aquel barrio, y quizás quizás pudieran ellos llegar tan á punto que les viniera á tocar una buena tarja en el reparto.

Creyósele todo el inocente Juan al pie de la letra, con lo cual los dos compadres se dirigieron por aquellos sitios solitarios hacia el punto en donde decian hallarse el tesoro, y en llegando á lo mas apartado y escabroso, — «Esta es que ahora entramos (dijo el madrileño) sepa vuestra merced que es llamada *la Cuesta de los ciegos*;

aunque mas de cuatro han visto en ella lo que no querian; y supuesto que á ella hemos llegado y supuesto tambien que á la ocasion la pintan calva, vuesa merced, señor castellano, se servirá de darnle todo aquello que en su cinto le huela á moneda, que estos son los tesoros árabes que en semejantes sitios solemos buscar los inteligentes.» — Pasmado se quedó nuestro arriero al escuchar aquella apóstrofe inaudita, cuya esplicacion dudosa al pronto, le fue luego mas clara á la vista de una enorme navaja de cachas, desenvuelta en las manos del amigo; con que no tuvo otro remedio sino acudir á los agugetas del calzón y desembarcar de él hasta unos veinte y siete reales que entre plata y cobre, migas de pan y puntas de cigarro, pudo llegar á reunir. Hecho lo cual el burlador saludó irónicamente á su victima, y desapareció, dejándole entregado á sus tristes reflexiones.

No era malo el aviso para primero, pero no por eso Juancho se desanimó, antes bien achacándole á la casualidad antes que á su propia simpleza, determinó en adelante no andar, sino reunido con los amigos que ya habia grangeado en la posada. Dirigióse, pues, á ella, y les contó su mala audanza, de la que no poco se holgaron prometiéndose continuar enseñándole á despavilar los sentidos. Propusieronle trasladarse á almorzar á un famoso figón que estaba allí cerca, y el mas grave se acomodó al lado de Juan como para aconsejarle todos sus movimientos. Comieron y bebieron como era de esperar, á la salud del recién-venido, y luego de satisfechos fueron desapareciendo dejándole solo con el ama de la posada, la cual con corteses modales le intuyó el pago del gasto que montaba hasta diez y ocho reales y catorce mrs., satisfaccion á que Juancho no pudo negarse por ser, segun le habia dicho su Mentor, ordinario agasajo y deber prescrito á los forasteros recién llegados, el convidar á los que gustan de acompañarles.

Estando otro día en el mercado con su saco de garbanzos por delante, llegó á él un caballero bien portado seguido de un mozo, el cual caballero, mirado que hubo en la mano la calidad de los garbanzos y calculado sin duda con la vista la del mozo que los vendia, entró luego en ajuste en que muy pronto se convinieron, diciéndole. — «Déselos á ese mi criado que él los conducirá acompañándole V. á donde le sean satisfechos.» — Acordóse en este instante Juan del lance del tesoro, y cojiéndose de toda punta al lado del mozo conductor, determinó no perder su pista, como así lo verificó, hasta llegar á una casa, en que subiendo uno tras otro la escalera, llegaron á un callejon en donde dijo el mozo á Juan que mientras llamaba á la puerta esperase de la parte de afuera. Siguió en esto por el callejon adelante, y pasáronse minutos y minutos, y luego horas y horas, y el mozo ni el dinero no parecian; conque alarmado un sí es no es el castellano, siguió por el callejon adelante, y dió consigo en otra escalera que comunicaba á distinta calle; esto le dió sospechas, llamó á todas las puertas, nadie le daba razon, antes bien le tenían por imperitante, y echándole fuera con malos modos, hasta que tropezó con unos chicos que le dijeron que hacia ya dos horas que habian visto bajar por aquella escalera al mozo cargado con el costal, con lo cual no dudó ya de su mala ventura, y pelóse las barbas, y torcióse los puños, derramando unos lagrimones como nube de agosto, y haciendo unos gestos que dieron no poco que reir á todos los chicos del barrio.

Cabizabajo y meditabundo regresaba nuestro Cochura á la posada, cuando vino á herir sus ojos un objeto que alegró su corazon, hizo nacer su esperanza, y burló con húmeda esponja todos los negros colores de su tétrica imaginacion. Como llevaba fijados los ojos en el suelo

parecía ver relucir entre las piedras una cosa que primero se le antojó cristal, luego botón, luego medalla, hasta que conoció claramente ser un escudo de á ocho que por acaso alguna debió dejar caer en el suelo. No saltó con tanta rapidez el emboscado gato á la súbita presencia del tímido ratoncillo, como el aventurado Juancho se abalanzó con todos sus sentidos á apoderarse de aquel inesperado presente; pero por mucha que fue su prisa, no pudo evitar el que otro hombre (que sin duda estaba allí de intento) adivinando su interior, corriese simultáneamente al mismo punto y pusiese mano á la moneda en el mismo punto en que Juancho la tocaba también. Encontráronse, pues, ambas cabezas con un choque nada común, aunque con pérdida del desconocido, por la mayor solidez de la de Juan; encontráronse los dedos agarrando cada cual por su lado la medalla; encontráronse en fin las malas razones sobre la propiedad respectiva de ella. Cada cual alegaba las suyas, cada cual decía haberla descubierto antes, cada cual lo echaba á mala parte y parecía disponerse á defender su conquista. A las voces acuden varios curiosos, y uno de ellos, llamado de encargo, se erige en nuevo Salomón, y oídas las partes manda dividir aquel tesoro; conviense en ello; dá Juan á su contrario cuatro pesos en plata, mitad del hallazgo, y marcha brincando á su posada con la medalla original. Quiere sin embargo cambiarla para atender á sus menesteres, entra en un estanquillo á comprar unos cigarrillos; el cigarrero la mira y la pesa, la prueba, la ensaya y rasguña, y echando sobre el inocente Juan una mirada de indignación. — «Pícaro labriego (le dice) ¿á mí me vienes con moneditas falsas? ahora verás lo que hago con ella, y cuenta con tu lengua no la suceda lo propio.» — Y sin mas preliminar agarra en una mano un clavo, en otra el martillo, y clava la moneda en el mostrador, á vista y no con paciencia del desesperado Juan, que hasta entonces no reconoció todo el embuste del hallazgo, de la disputa y del juicio del reparto.

IV.

Estos y otros semejantes lances enseñaron en fin á Juan á recelar de todos los hombres, en términos que huía de su encuentro y parecía ver en cada uno un enemigo nato de su bolsillo y seguridad. Pero al fin era un ser humano, hecho para vivir en esta que llamamos sociedad, y no podía por lo tanto pasarse sin el humano trato y comunicación.

Una tarde entre otras, que se había engolfado en las vueltas y revueltas del famoso cuartel de *Lavapies*, buscando en la humildad de sus casas alguna analogía con la de su villa natal, vió sentadas á la puerta de una de ellas dos figuras, aunque de igual sexo, de bien distinto aspecto y catadura. Era la una, vieja arrugada y mezquina; con su tocás por la cabeza, las manos en el rosario, y los ojos clavados en el suelo; parecía la otra moza como de veinte y dos, esbelta y rozagante, con su zagalejo corto, mantilla de tira echada á la espalda, peineta terciada y cesto de trenzas en la cabeza. Mirando á la primera, enfermárase de espanto el pecho mas valiente y denodado; considerada la segunda, tembláran las rodillas mas sólidas y robustas. Juan, como era de pensar, apartó rápidamente los ojos de la vieja, y descansólos un breve rato en la moza, y ya el aspecto de esta iba anpeizando á obrar una revolución completa en su físico interior, cuando creció de todo punto su turbación viéndola dejar su silla precipitada, y correr á él con los brazos abiertos, diciéndole. — «Juancho, Juancho, el mi borrego, el mi pacho, ¿quién diablos te ha traído por esta tierra de Madrid? Mirame

bien, ¿no me conoces? ¿no te acuerdas de *Carmela* la hija de la tia Ursula y del tio Pepon, nieta de *Iruga cepillos* el sacristan? ¿Te acuerdas de cuando jugábamos juntos en el corral del tio *Purgatorio*, y aquella tarde que matamos todas las gallinas de la ama del cura? ¿te acuerdas? ¡bobón!...» Y dábale cariñosamente en la barba con la punta de los dedos, y Juan con una cara risueña como burra delante del prado, nada respondía, sino estaba mirando todo embelesado y suspeso, y así acertaba á hablar como si tuviera pegada la lengua.

La buena vieja que permanecía sentada ocupada con su rosario, hubo de reparar en aquella escena, y sin levantar los ojos del suelo. — «Ni á, niá (la decía), cuidado con lo que se hace, que en la calle estamos y casa hay á Dios gracias donde no dar que decir: deja, deja á ese mozo, y no le encandiles, que aquí á nadie se obliga á nada, y únicamente se sirve á los que lo piden, con amor y buena voluntad como Dios manda.» — «Déjeme V., madre Claudia, decía la muchacha, déjeme V. que le hable, que es muy querido mio y de mi mismo pueblo, para servir á Dios y á mí, y en un tris estubo el que hubiéramos sido matrimonio, á no ser por aquel pícaro de Don Luis el estudiante que me sonsacó y me llevó consigo á Salamanca.» —

A todo esto ya había vuelto Juan de su letargo y reconocido puntualmente á su antigua propiueca, la que con licencia de la vieja le entró en la casa, donde á vuelta de un par de copas de aguardiente le contó toda su historia que era por manera entretenida desde que salió de Fontiveros á cursar á Salamanca, hasta graduarse de Doctora en el Lavapies de Madrid. Y estando en esto entró por la puerta adelante y con determinada franqueza un hombre que luego al punto reconoció Juan por aquel que le había enseñado el tesoro de la Moreña. Empezó á temblar como un azogado, figúrese que ya le veía con la de las cachas en la mano; pero Carmela que conoció su turbación mandó al otro con imperio que se saliese á la calle, y que fuese á esperarla á la taberna de enfrente. Hizo ademan el amigo de obedecerla, y ya empezaba Juan á respirar á sus anchuras, cuando en esto un «*Dios nos asista*» pronunciado enérgicamente por la vieja que se había quedado de la parte afuera, vino á interrumpir de nuevo aquel dúo casi casi en el momento de empezar el alegre. — «¿Qué es eso? esclamó rápidamente la moza, asomando la linda faz á la puerta de entrada.» — Nada, nada, prenda (dijo un hombre vetusto y cuadrado con su baston de puño blanco en la mano, señal de la autoridad); no hay que asustarse que no hay para qué; todos somos cancelados, y VV. muy particularmente de todo el barrio: aquí no hay mas sino venir yo en busca de este pájaro que de aquí salía, y que hace ya días buscaba la justicia por estafador y bribon de á folio; en cuanto á VV. todo el mal será por de pronto el mudar de habitación, y seguirme con los devas presentes á la de la villa, en donde podrán á su sabor proseguir la plática comenzada. —

Aquí fueron los inútiles gritos de la vieja, las lágrimas mas poderosas de la moza, los juramentos del galán fanfarrón, los herridos de Juan Cochura; pero de nada sirvieron; antes bien formando armonioso acompañamiento de vieja hechizera, mujer falsa, espía, víctima, corchetes, guardas y acompañamiento propio de un drama romántico, fueron todos conducidos á la casa común, de la cual á vuelta de algunos meses, substanciada la causa y desubsanciado el Juancho, pudo salir al aire libre y regresar á su pueblo, donde era cosa de oírle contar sus aventuras de recién-venido en la corte, en esta que suelen llamar *La Patria común, la tierra de amigos*.

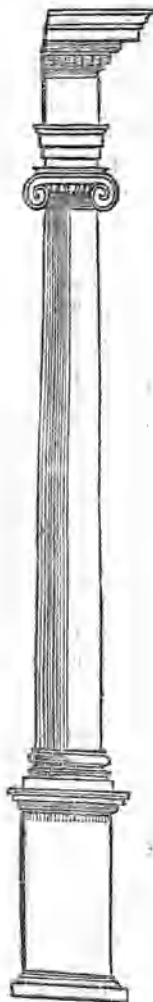
EL CURIOSO PARLANTE.

ARQUITECTURA.

IV.

ORDEN JÓNICO.

Si los Dorios tuvieron la gloria de inventar el primer orden de arquitectura, los Jonios procuraron superarlos componiendo un nuevo orden en el que atendieron más á la belleza, delicadeza y elegancia, que á la solidez aparente de la obra. Aun cuando la Jónia no hubiese sido cuna del orden que lleva su nombre, no sería menos interesante el saber que el Asia menor en general presenta un gran número de ejemplos que se miran hoy como anteriores á los de Atenas: tales son el templo de Apolo epicureo en Phigalia, atribuido á Ictino, que le habría construido antes que el Parthenon, y el de Apolo Didymo en Mileto. El primero de estos monumentos que es dórico en lo exterior presenta en lo interior un jónico sin abaco cuyo forma se halla constantemente en los jónicos representados en los bajos relieves y vasos griegos ó etruscos de la mas remota antigüedad. El célebre templo de Diana en Efeso que incendió Erostrato para immortalizarse, era también de orden jónico, y casi podemos asegurar que fue la primera construcción de este jénero.



(Columna jónica.)

La columna de este orden no tubo en su origen más que ocho diámetros ó diez y seis módulos y estas pro-

porciones variaron en todos los monumentos que se empleó segun el diferente objeto de los edificios y gusto de los arquitectos que los construyeron. Las proporciones mas comunmente adoptadas en la arquitectura moderna son las que determinó Vignola, á saber: pedestal seis módulos de los cuales nueve partes son para su basa y nueve para su cornisa. La basa de la columna un módulo: el fuste diez y seis módulos y tres partes, el capitel quince partes, el arquitrave un módulo y cuatro partes y media, el friso un módulo y nueve partes, y un módulo y trece partes y media la cornisa: componiendo un total de veinte y ocho módulos y nueve partes.

El capitel jónico, que no tiene gola, se compone empezando desde la estremidad de la caña: 1.º del collarin; 2.º del cuarto bocel; 3.º de la almoadilla, cuyas estremidades ocultan las volutas; 4.º del abaco. El abaco no tiene sino cuatro partes de módulo, y su perfil es el de un talon superado por un filete y que está ó no esculpido. Lo mismo se ve en el cuarto bocel, de cinco partes y un tercio de alto, sobre el cual se esculpen adornos llamados oves. En cuanto á la almoadilla, que algunos llaman también corteza, se la puede concebir como una banda de la corteza flexible del álamo blanco que se hubiese arrollado por los dos estremos, con la parte exterior ó convexa hácia dentro del rollo. Estas estremidades de la coxater arrolladas así formarían lo que se llama volutas. La arquitectura, regularizando como acostumbra este tipo ofrecido por la naturaleza, de seis partes y dos tercios de parte al grueso de la almoadilla que representa la porcion de corteza estendida y oprimida entre el cuarto bocel y el abaco; forma despues cada una de las volutas de tres circunvoluciones, cuyo centro sujeta con un floroncillo mas ó menos saliente que se llama ojo de la voluta. Esta voluta, cuya mayor anchura es de veinte y tres partes y un tercio sale de la caña de la columna diez y ocho partes y un tercio, y la producen cuatro porciones de círculo que tienen centros diferentes, y cada una un radio de diferente tamaño.

Algunos autores dan á la columna y capitel de orden jónico el mismo origen que á las columnas cariátidas. Dicen que este orden se inventó para recordar la cautividad de los carios, y que las volutas de su capitel figuran los cabellos rizados sobre las sienes de las mujeres de Caira. Pero la crítica observa que en el templo de Pandiosa, monumento el mas antiguo de este género que ha llegado hasta nosotros, las cariátides mismas no tienen cabellos rizados sobre las sienes, y que además de esto, la voluta de los capiteles jónicos del templo de Erectes, contiguo al de Pandiosa, presenta una analogía muy remarkable con la voluta que se supusiese formada de cortezas de árboles arrolladas. Estos dos datos autorizan á inferir que el peinado de las carias no tuvo relacion alguna con la composición del capitel jónico. También ha querido decirse con Vitruvio que las proporciones de la columna jónica son análogas á las de una mujer y que sus estrias representaban los pliegues de sus vestidos; más semejante idea no merece refutación.

Aunque es el capitel jónico muy elegante; tiene el inconveniente de que dos de sus lados paralelos varían de los otros dos; los unos presentan el rollo de la corteza ó lo que se llama el balaustre de la voluta; y los otros la parte del cuartobocel que las volutas dejan descubierta. Este inconveniente es de entidad cuando está la columna en el ángulo de un peristilo, y es comun á dos hileras de columnas que forman un ángulo recto. Para evitarle han imaginado los arquitectos modernos un capitel, que nada tiene de comun con el primero, mas que el nombre de jónico moderno que se le ha dado. Se

Se ve usado con frecuencia en la arquitectura francesa de los siglos XVII y XVIII. Tiene follajes que reuniéndose dos á dos en cada uno de sus ángulos, figuran sobre cada una de sus cuatro caras alguna cosa semejante á las volutas que se ven solamente en dos de las caras del verdadero capitel jónico, á cuya elegancia está muy lejos de llegar el capitel moderno, que difiere esencialmente de él por la falta de la almonadilla.

El orden jónico es muy rico de adornos; además de las volutas y de otras hermosas molduras del capitel, son peculiares de este orden las estrías de la caña de la columna, y los dentellones de la cornisa. Todas estas molduras están adornadas de dardos, guirnaldas, etc. que en parte alguna se aplican mejor que sobre el friso del orden jónico.

ROMANCE.

UN CONSEJO A UNA AMIGA.

Al cabo, entre tantos días
de luto y dolor cubiertos,
un momento de ventura
concede benigno el Cielo;
¡oh como rápido pasa!
y ¡en cuan presuroso vuelo
huye veloz de nosotros
de la nada al hondo seno!
¡Ay! si viene la desgracia
camina con paso lento
derramando por do quiera
la aflicción y el desconsuelo;
y un instante afortunado,
un venturoso momento,
que afable nos de la suerte
nace y muere al mismo tiempo;
tal el relampago ardiente
brilla en medio de los vientos
y se pasa sin dejarnos
ni aun el rastro de su vuelo.
Detente, tiempo, detente;
para tu curso ligero,
y de este día felice
permite que disfrutemos.
Mas ¡ay triste! no me escucha
¡ay! no me escucha y violento
en la nada se sepulta
al impulso de su hierro.
No pierdas pues ¡O Soñal!
la flor de tus años bellos,
que ni tiene puerto el hombre,
ni tiene orillas el tiempo:
ama, y los dichosos días
de tu amor sencillo y tierno
correrán como las aguas
del arroyo placentero;
en su margen nacen flores,
en su orilla juega el viento,
bebido de él las avéculas,
cruzan los peces su seao.

Ama pues ¡Soñal hermosa!
ama, adorno de tu sexo;
por tu beldad, y tu agrado
sola luces de él en medio;
asi entre humildes arbustos
altivo descuella el cedro
y brilla entre las estrellas
de la luna el albo cerco.

E. V.

ESPAÑA PINTORESCA.

SAN BENITO DE ALCÁNTARA.

Uno de los edificios que mas honran nuestra antigua arquitectura es el convento de San Benito en Alcántara, obra de un artista, cuyo nombre no nos ha legado la historia. Este magestuoso edificio, casi destruido hoy en su mayor parte, sirvió desde su fundación para los freires y caballeros de la orden de Alcántara.

Empezóse su obra siendo administrador de la misma orden el Rey D. Fernando el Católico hácia el año de 1506. Todo él es de cantería seria y grandiosa; consta la iglesia de tres naves; la del medio mayor que las colaterales. Quedó sin concluir como la de Plasencia por haber acudido su autor á algunas obras en Toledo, y solo quedó hecha la capilla mayor, colaterales y crucero. Hubo un tiempo en que este convento estuvo adornado de muy buenas pinturas, la mayor parte de Morales, pero casi han desaparecido, y solo existen algunas del mismo autor aunque no de las mejores; tales como la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, en el altar mayor, la resurrección de Jesucristo mas arriba, y á los lados varios santos.

Las capillas colaterales tienen sus retablos de piedra con labores muy bien pensadas, y en aquel estilo medio que se practicaba cuando se hizo. En una de estas capillas, hay un nicho en arco, y dentro de él una urna sepulcral con esta inscripción. «Esta capilla la mandó hacer para su enterramiento E. M. Y. S. D. Diego de Santillan, comendador mayor de esta insigne orden y caballero de Alcántara, capitán general en la toma de Granada. Falleció á 30 días del mes de julio de 1506.» En la otra capilla del lado de la epístola se lee este letrero. «Esta capilla la mandó hacer para su enterramiento E. M. Y. S. D. Nicolás de Obando, comendador de esta insigne orden y caballería de Alcántara, capitán general de las Indias, Islas y Tierra firme del mar Océano. Falleció á 29 de mayo de 1511 años.»

Junto á la capilla de D. Nicolás de Obando hay otra muy espaciosa que llaman de Piedra-buena, de donde fue comendador D. frey Antonio de Jerez. La arquitectura de esta capilla es del mismo estilo que las colaterales; en el friso que la corona se lee este letrero. *Petrus de Ibarra facie*. A. 1550. En el centro de ella hay un magnífico sepulcro de mármol, con una figura de alto-relieve echada encima que representa á D. Francisco Bravo, comendador de Piedra-buena. El sepulcro está lleno de adornos, entre los que se ven algunos medallones, que representan á S. Gerónimo, S. Agustín, y los cuatro evangelistas.

Los corredores del Convento, cuyo dibujo presentamos, y que por desgracia están en un estado de próxima ruina, constan de dos filadas de ocho lindos arcos cada una; los del medio de medio punto, y los inferiores rebajados; encima de los arcos del medio hay una galería cuyas columnas apoyan sobre los vanos de dichos arcos, cosa que aunque muy reprobada y hasta prohibida por nuestros modernos, hace muy buen efecto y se conserva en el mejor estado de solidez. A los dos lados hay dos torrecillas distintas y adornadas con las armas reales, y en una de las cuales se supone estuvo encerrado el emperador Carlos V. Hay también en este convento un claustro en cuyo pavimento se ven muchas lápidas sepulcrales, algunas de muy buen gusto, bajo las cuales existen los restos de muchos frailes y caballeros de la orden. En un extremo del claustro hay una capillita en la que hay dos sepulcros, con estatuas echadas encima. La más ordinaria en la materia y la más gastada tiene un letrero, por el que se deja ver que está allí enterrado D. Suero Martínez, Maestro de Alcántara.

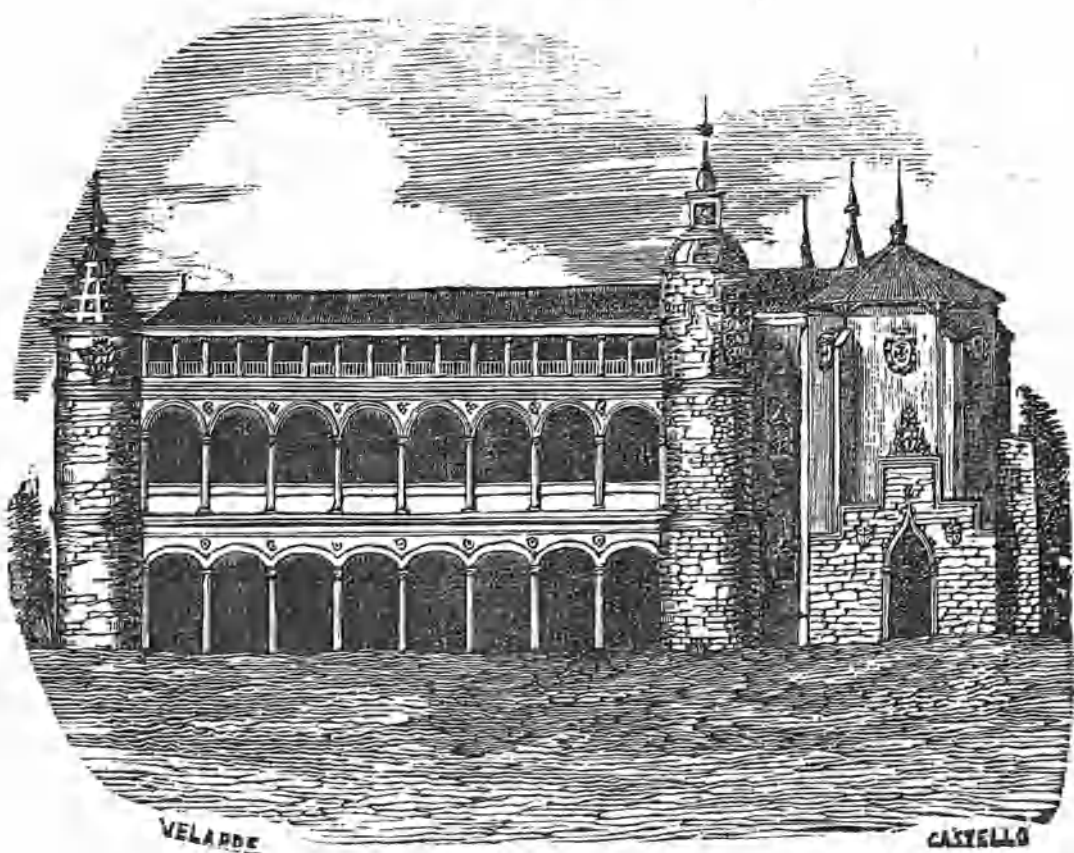
En la misma capilla y en los extremos hay dos estatuas de Adán y Eva ejecutadas en mármol y cuyo estilo parece de Alberto Durero. Hay también colgada cerca del

techo una pequeña arca formada de pieles, en la que los naturales afirman bajó por el Tajo el restaurador de la Monarquía española, el rey D. Pelayo.

Al lado opuesto hay un altarcito de mármol con una figura de mármol que representa la Resurrección, y es del mismo estilo que las estatuas de Adán y Eva. Contigua á la sacristía hay una bellísima escalera de caracol para subir al coro alto, y que parece posterior á la obra del resto del convento.

Da lástima que un edificio de un mérito tan distinguido esté desmoronándose; no somos nosotros los primeros que lamentamos este mal, pues los gefes de las oficinas de Alcántara, movidos del interés que les inspiraba este monumento, hicieron una esposicion en 1836 para que dichas oficinas fueran trasladadas á él con el objeto de que sino en todo al menos en parte se conservase; pero les fue contestado que dicho convento estaba destinado á padres venerables. Pasó el año 36, pasó el 37 y probablemente pasará el 38; los padres no parecen, y entretanto el edificio abandonado está sirviendo de cárcel, y veremos desaparecer también este hermoso resto de nuestra antigua arquitectura.

José María Velarde.



(El convento de San Benito de Alcántara.)

Se suscribe al Semanario Pintoresco, en Madrid en la librería de Jordan calle de Carretas, y en las provincias en las administraciones de correos.—Precio de suscripción en Madrid y Provincias.—Por un mes cuatro reales.—Por tres meses doce reales.—Por seis meses veinte reales.—Por un año treinta y seis reales.